

The background of the cover is a painting of a woman with long blonde hair, wearing a blue and white patterned dress, hanging from a tree branch. The scene is set against a misty, blue-toned forest background. The tree branches are dark and gnarled, creating a complex web of lines across the frame.

Mariana Torres

El cuerpo secreto


PÁGINAS DE ESPUMA

AW

Mariana Torres

El cuerpo secreto

Mariana Torres, *El cuerpo secreto*
Primera edición digital: mayo de 2016

ISBN epub: 978-84-8393-510-1

© Mariana Torres, 2015

© De la ilustración de cubierta: Aron Wiesenfeld, 2015

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2015

Voces / Literatura 222

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

ÍNDICE

[El hombre araña](#)
[Esos niños que lloran](#)
[El monstruo está despierto](#)
[La planta que grita](#)
[El otro lado](#)
[El niño pera](#)
[Estrella caída](#)
[Escarcha](#)
[El entierro](#)
[Crucero](#)
[Árbol monstruo niño árbol](#)
[Época de muda](#)
[El corsé y la niña](#)
[Terrario](#)
[Después de la caída](#)
[Desierto](#)
[El otro](#)
[Mi padre](#)
[El cuerpo sólido](#)
[Fuego](#)
[Pólvora](#)
[Palomitas de maíz](#)
[Todo tan blanco](#)
[El camino a Oh](#)
[Tierra madre](#)
[Nido](#)
[Todos los colores](#)
[El grito](#)
[La máquina](#)
[Como cuando era niño](#)
[Surcos](#)
[Los niños rotos](#)
[Volver a la tierra](#)
[En la cuerda floja](#)

*Para Javier,
en la isla,
en el mar que la rodea
y más allá*

*I was a quiet child
in the way a cherry
has a stone inside.
Mirkka REKOLA*

EL HOMBRE ARAÑA

El niño, disfrazado de hombre araña, espera cinco minutos antes de llamar a la puerta de los vecinos. Pasa todos los fines de semana con ellos. Alguien lo entrega el sábado a la hora de desayunar, y alguien lo recoge el domingo por la noche. El niño lleva siempre bajo el brazo la caja secreta. La caja secreta es de metal y está protegida por un candado cuya única llave solo guarda el niño. Nadie salvo él toca la caja secreta.

Como es carnaval, el niño no quiere quitarse el disfraz ni pronunciar palabra. Incluso come con la careta puesta y duerme vestido de hombre araña. Al niño le gustaría trepar por las paredes de la casa de los vecinos, como los auténticos hombres araña, y tender una red gigante en una esquina del salón para que los habitantes de la casa quedasen atrapados. Como sabe que eso no es posible, se agazapa en el sofá de cuero con sus zapatillas de hombre araña y la careta bien encajada. Los vecinos, sin poder evitarlo, le regañan por pisar con las zapatillas de hombre araña el sofá recién comprado.

Así que el niño, cuando se queda solo, se quita la careta de hombre araña y abre su caja secreta. En la caja secreta guarda todo lo que nadie puede saber que existe. La caja contiene solamente objetos pequeños. Lagartijas disecadas, canicas quebradas de cristal, un cráneo y medio de gorrión, seis miniaturas de soldados de plomo, y veinticuatro dientes de leche que no son suyos.

ESOS NIÑOS QUE LLORAN

No tenías que haber escuchado a los niños que lloran desde las catacumbas. Ya no están ahí. Ahora todo está olvidado, las plantas han vuelto a crecer en la ciudad jardín, han vuelto a llenarlo todo. Hace tiempo que el rey está en silencio. No debías haberlos escuchado.

Solo pasabas por ahí. Pasabas sin querer, en uno de tus viajes perdidos, y sin querer entraste en las alcantarillas. En tu defensa debemos decir que no sabías que eran alcantarillas, tan anchas, tan túnel, quién lo hubiera dicho. Estabas ya dentro cuando escuchaste el llanto, acolchado por las hojas húmedas de las plantas que cubrían los muros. Lo escuchaste claramente. El grito llanto. Surgió desde las catacumbas, llegó a ti y te rodeó como un eco. Tantos niños lloraban dentro, no tenías que haberlo escuchado. Ya no era tiempo.

Porque solo pasabas por ahí y no vas a poder hacer nada. Igual que no pudimos nosotros, que nos callaron y nos hicieron polvo de piedra. Lo único que podrás hacer es cruzarte con las jardineras, vestidas con sus trajes de faena igual de impolutos que siempre, arrastrando los carros rebosantes de viandas y escobas, y aprender a mirarlas con un respeto nuevo, como hacemos nosotros. Sabiendo que son ellas las que lo escuchan día tras día, desprendidos como un eco que sube, y las rodea, en cada piedra que barren.

EL MONSTRUO ESTÁ DESPIERTO

—He oído un crujido —dijo el pequeño, con un hilo de voz. Auri se incorporó despacio y abrió los ojos a la oscuridad. Todas las hermanas dormían, podía escuchar la respiración de cada una, coordinadas, como si respirase un solo cuerpo. Dormían apretadas en esa cama inmensa desde siempre, con los brazos y las piernas entrecruzados para que nadie pudiera arrebatárselas al pequeño.

Horas atrás Auri había dejado de alimentar la lámpara. Ahora todo estaba oscuro. El pequeño se tapó los oídos con las mangas largas de ese pijama remendado para un niño más grande.

—¿Lo oyes, Auri? Suena otra vez. Está crujiendo mucho hoy.

Auri aguzó el oído. Ahí estaba el crujido, aún leve, suficiente para despertar al pequeño. Esa pues era la noche en que debía ocurrir. Auri buscó a tientas las manos del niño, y las guardó entre las suyas. No podía verlo, pero sentía cómo temblaban todos sus rizos rubios. Él crujió otra vez, crujió tan fuerte que la cama se estremeció y las hermanas despertaron.

—¿Qué hacemos, Auri?

—¿Qué hacemos?

—¿Qué podemos hacer?

—Callarnos, eso hacemos —dijo Auri, con un tono lo suficientemente alto como para provocar una nueva ola de crujidos. Crujidos largos. Auri se arrepintió en seguida de haber levantado la voz, su madre le había repetido cien veces que las voces de las hermanas lo alteraban. Torpe, niña tonta. Así que iba a ocurrir todo esa noche en la que no estaba mamá, qué mala suerte, cómo no lo habían previsto; solo habían pasado dos días desde su descenso al pueblo en busca de provisiones. Estaban solos. Se necesitaban dos días para ir y dos para volver, Auri lo sabía bien. Y él seguía crujiendo debajo de la cama.

Auri soltó al pequeño y bajó por la parte de atrás para que él no pudiera olerla. Buscó la lámpara a tientas. La había dejado en el hueco de la pared donde siempre la guardaban, con los cantos hacia fuera, para encontrarla incluso en total oscuridad. Era fácil de alimentar, preparada horas atrás, rebosante de leños secos, estopas y piñas. Alimentarla era tan sencillo como dejar arder la llama y esperar a que se hiciera fuerte, hasta que la luz fuera potente, cálida. La lámpara pesaba muchísimo, hacían falta los dos brazos y medio cuerpo para cargar con ella. Auri la apoyó en el suelo y la encendió. Los retales de luz inundaron la estancia hasta cubrir cada uno de los rincones, llegar a los más recónditos bajo la cama inmensa. Por un momento los crujidos cesaron. A él nunca le había gustado la luz caliente de la lámpara.

Ahora sí tenían algo de tiempo para organizarse. Auri chasqueó dos dedos y la primera de las hermanas, la más alta de todas, se sentó junto al pequeño, con las piernas cruzadas tras cada chasquido de dedos de Auri, las hermanas fueron rodeando al pequeño, formando un círculo. Se tomaron de las manos. Mientras mantuvieran el círculo no podría pasarle nada al pequeño. Ya no se oían crujidos, pero sí un ronco respirar de hojas secas, tan ronco y presente que incluso podía palparse.

Tras otra señal de Auri las hermanas bajaron al niño de la cama y rodearon la lámpara. Arrastrando esos camiones larguísimos hasta los pies que se enredaban los unos con los otros. El pequeño se dejó llevar en volandas por ellas. Auri apretaba la lámpara contra sí, con los brazos la rodeaba todo lo que podía su cuerpo. Podían esperar un poco. A veces él se callaba del todo si esperaban lo suficiente, alejadas de la cama inmensa y alimentando la lámpara.

La madre les había explicado el ritual completo, paso a paso; desde hacía años todas conocían las instrucciones de memoria. Sobre todo Auri, sabía exactamente qué debía hacer y cuándo. Se habían alegrado tanto las dos al nacer el pequeño. Era un niño. Solo un niño podía acabar para siempre con él. El pequeño creció conociendo estas histo-

rias, pero le sonaban antiguas, historias que ocurrieron mucho antes de que él naciera, cuando era una familia solo de mujeres, cuando todavía existía un padre.

El pequeño no dejaba de temblar, desde la punta de los pies descalzos hasta cada uno de los rizos rubios. Las hermanas le abrazaron formando un solo cuerpo. Aun así de juntas tenían miedo, y él —que podía olerlo desde debajo de la cama—, volvió a crujir con toda la fuerza de la que era capaz, hasta levantar la cama inmensa a dos palmos del suelo. Una sombra negrísima se extendió rezumando desde los bajos. Está ahí porque le dais poder, les repitió la madre cien veces, a la vez que les enseñaba a respirar hondo y separarse del miedo hasta hacerlo desaparecer. Pero el truco no funcionaba esta noche, no era posible hacer desaparecer tanto: la respiración ronca, la sombra que escupía hojas secas y muertas, en remolino, los crujidos. Y ahora, también, el hedor.

—Está oliendo —dijo el pequeño—, huele mal otra vez.

El pequeño empezó a llorar. La habitación olía a hoja oxidada y humedad, a pasta de gusanos, un hedor sólido llegó hasta el círculo de las hermanas. Auri se agachó hasta ponerse a la altura del pequeño.

—No podemos dejar que salga. Te voy a explicar lo que tienes que hacer.

Le limpió la cara con las mangas del camisón, le quitó todo rastro de lágrimas, le dijo que estaba muy guapo con todos esos rizos rubios que le caían desordenados, que debía ser valiente. El pequeño se sorbió los mocos como pudo y se dejó llenar con la fuerza de las manos de Auri.

Una de las hermanas acercó la caja de los pintalabios. Era una caja de madera, opaca, ya resquebrajada por los años. La colocó en el suelo, cerca del pequeño, y Auri la abrió. Al pequeño le volvieron a brillar los ojos. La caja olía a mamá, a madera, a tierra.

—Escoge uno de los colores. Uno que te haga vibrar.

El pequeño rebuscó entre los pintalabios y señaló el más gastado de todos. Era color carmín, muy oscuro. Auri lo sacó de su funda, despacio, y se pintó los labios. Lo hizo de

la misma manera que tantos años había visto hacer a su madre, de izquierda a derecha, con el pintalabios un poco inclinado hacia abajo. Las hermanas se pusieron de puntillas para ver mejor. Auri despejó de rizos rubios la frente del niño y le dio un beso largo justo en el centro. Un beso grueso, redondo, sin temblores.

—Ahora estás protegido —le dijo—. No puede pasarte nada.

Y Auri, por un momento, también lo creyó. A la lámpara le quedaba poco fuelle para entonces y la luz tembló, y menguó, y entonces fue como si él tomara fuerzas de la oscuridad renaciente, y volvieron los crujidos, y volvió el hedor, y los remolinos de hojas secas y muertas se agitaron otra vez, y más rápido.

Auri dio un par de palmadas para indicar a sus hermanas que se dieran prisa. La mayor le acercó el baúl de las cerillas, y sacaron una, y le enseñaron al pequeño cómo debía encenderla. Con cada nuevo crujido toda la habitación temblaba, como un terremoto. Pero el pequeño, con el signo de la madre en la frente bajo sus rizos rubios, ya no tenía miedo. Auri le acomodó la cerilla más grande de todas en la mano y le arremangó para que las mangas de ese pijama gigante no le molestaran.

—Tienes que arrastrarte y encender la cerilla, pero solo cuando estés muy cerca. No debes tener miedo. A ti no puede olerte. Nosotras lo distraeremos.

Y como si llevara en la sangre los movimientos precisos y exactos, el pequeño reptó veloz hasta el final de la cama y se perdió en el interior. En el momento en que perdieron al pequeño de vista, las hermanas rodearon la cama, se dieron las manos, formaron un corro, y con los brazos extendidos, tirantes, empezaron a dar vueltas alrededor, con los camisones rozando el suelo.

—Más rápido —les decía Auri, aún abrazando la lámpara, y ellas giraban y giraban, con las manos tomadas. El remolino de hojas negras intentó escaparse por fuera del corro, pero era tan grande el movimiento que no consiguió siquiera rozar a ninguna de las hermanas.

–Más rápido, más rápido –insistía Auri, y ellas corrían ya, cada vez más veloces con sus pies descalzos, sin perder el círculo, sin soltarse de las manos. El sonido de los pies descalzos se mezcló con los crujidos hasta conseguir taparlo, y fue entonces cuando las hermanas comenzaron el canto. Sin dejar el corro emitían sonidos en vocales diferentes, agudos y graves sincronizados, que envolvieron toda la habitación y rebotaron por las paredes. Era la señal para el pequeño. Auri escuchó el rasgar de la cerilla y, al poco, vio la luz expandirse, derretida, en fognazos calientes, desde los bajos de la cama hacia fuera. Auri cerró los ojos con fuerza, como si eso pudiera servir de algo. De repente la oscuridad de la cama tragó en una implosión el remolino de hojas negras, los crujidos disminuyeron hasta desaparecer, dejando en la estancia un olor a quemado.

Las hermanas separaron sus manos y se alejaron de la cama, dejaron al pequeño el sitio suficiente para salir de allí. Aplaudían. Le esperaban, querían alzarlo, acariciar sus rizos rubios. Pero Auri no se unió al alboroto. En la cabecera de la cama, pálida, esperó a que sus hermanas se calmaran. Cuando todas callaron y fijaron sus miradas en ella, Auri contuvo la respiración y apoyó la lámpara en el suelo para mirar debajo. La luz de la lámpara era ya tan débil que tuvo que forzar la vista para distinguir alguna cosa.

Su madre le había explicado que la hoja estaría justo en el centro de la cama. Así era. Auri pudo distinguir una hoja seca que temblaba levemente, balanceada por una brisa inexistente. Nada más alrededor. Auri se incorporó, más pálida aún, y miró a sus hermanas, que comprendieron y callaron. Una a una fueron subiendo a la cama gigantesca y fueron quedándose dormidas, dándose la espalda las unas a las otras.

Cuando Auri estuvo segura de que dormían, volvió a los bajos de la cama, se estiró todo lo que le llegó el cuerpo hasta que sus dedos tocaron la hoja. La extrajo con cuidado. Sobre su palma. Casi acunándola. No era seca y marrón, como había dicho su madre. Era de un verde brillante,

con los bordes carmín. Y palpitaba, parecía respirar llena de vida. Parecía imposible reducirla a trozos diminutos.

Cuando acercó la punta de los dedos para tocarla, la hoja se hizo añicos.

Y Auri sopló con todas las fuerzas que pudo.

LA PLANTA QUE GRITA

La habitación a la que llego está llena de macetas de diferentes tamaños, colocadas donde debería situarse el mobiliario. Camino hacia la planta que grita, cubierta de flores azules. Los pétalos caen alargados hasta el suelo. En lugar de crecer en tierra las flores brotan del interior de bocas abiertas, crecen tallos fuertes desde las gargantas.

EL OTRO LADO

En el mundo del otro lado la niña jugaba a correr descalza. Bajo el árbol de bayas rojas tropezó con una hoja afilada y se cortó los dos pies, que saltaron por los aires. El perro loco y sus animales dejaron de pastar y se detuvieron a observarla. La niña se dejó caer, apoyada su espalda en la corteza. Sentada sobre las raíces rugosas del árbol de bayas rojas, la niña se desangraba.

Cuando llegó el cirujano parecía dormida. El cirujano cargaba una caja de madera y una fusta antigua. Con la fusta espantó, durante un momento, al perro loco que se había acercado, con sus animales, a olisquear a la niña. De la caja sacó trapos blancos, hilo y parches. El cirujano trabajó rápido. En un pispás le cosió los dos pies.

Y la niña recuperó el color.

Cuando despertó no sabía qué le dolía tanto. Las costuras recién apretadas se resintieron al apoyar la niña todo su peso en ellas. En seguida aprendió la niña a mantener el equilibrio sobre los pies cosidos. Como caminar era difícil, trepó al árbol de bayas rojas. El perro loco y sus animales se acercaron, olisqueando el aire que dejaba la niña tras sus pasos.

Se hizo de noche y subió la luna, redonda y lechosa. La niña estiró las piernas y el resto de su cuerpo tiritó. ¿De quién serían esos pies cosidos?

Sentada en la rama más alta inventó otro juego. Balanceaba los pies para sentirlos mejor. Con las dos manos tiraba de las bayas rojas hasta arrancarlas de cuajo. Escogía las más pequeñas. El juego consistía en sostener todas las bayas posibles con las manos, sin que ninguna llegara a caerse.

Jirones de nubes grises taparon la luna redonda. Bajo el árbol, junto a las raíces, el perro loco y sus animales esperaban.